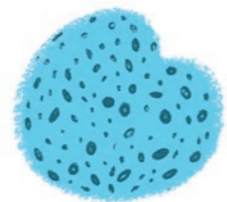
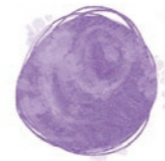


KALOPSIA: UN PLANETA no tan DIFERENTE

DESCUBRE EUROPA DESDE EL ESPACIO EXTERIOR





KALOPSIA: UN PLANETA no tan DIFERENTE

DESCUBRE EUROPA DESDE EL ESPACIO EXTERIOR

Ilustraciones de Sònia González

© de las ilustraciones: Sònia González, 2022

De la presente edición:

© Unión Europea, 2022

Paseo de la Castellana, 46
28046, Madrid

Edición y diseño: Bindi Books, S.L., 2022

Primera edición: marzo de 2022

ISBN: 978-92-76-46503-4

DOI:10.2775/86481

IL-04-20-405-ES-N

Impreso en Madrid por Campillo Nevado, S.A.



No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión de ninguna manera ni por ningún medio, sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del copyright.

- 1 Bélgica
- 2 Bulgaria
- 3 República Checa
- 4 Dinamarca
- 5 Alemania
- 6 Estonia
- 7 Irlanda
- 8 Grecia
- 9 España
- 10 Francia
- 11 Croacia
- 12 Italia
- 13 Chipre
- 14 Letonia
- 15 Lituania
- 16 Luxemburgo
- 17 Hungría
- 18 Malta
- 19 Países Bajos
- 20 Austria
- 21 Polonia
- 22 Portugal
- 23 Rumanía
- 24 Eslovenia
- 25 Eslovaquia
- 26 Finlandia
- 27 Suecia



Si coges un telescopio y lo enfocas al espacio por la noche, podrás observar de cerca la Luna y las estrellas. Si la noche es clara, al entornar un poco más los ojos puede que veas un punto naranja en medio del cielo: es Marte. Y si eres un auténtico profesional, también podrás ver Venus, una bolita marrón que gira al revés que el resto de planetas y que está repleta de volcanes.

Más allá están Mercurio, Júpiter, Saturno, Urano, Neptuno y Plutón.

Si miras aún más lejos, verás la Vía Láctea, una mancha blanca como la leche en medio del espacio sideral compuesta de estrellas y planetas. Y si te fijas más allá todavía, tan lejos que tardarías miles de siglos en llegar a ese lugar, encontrarás la galaxia Oneiric, donde se encuentra el planeta Kalopsia.

Kalopsia está a millones de kilómetros de la Vía Láctea. Es un planeta lleno de color: en Kalopsia, el cielo es de un color diferente cada día; incluso en un mismo día puede empezar siendo verde y cambiar a amarillo.

El agua de los ríos y los lagos también es diferente a la de la Tierra: ni está fría ni es transparente. En Kalopsia, el agua es roja, sabe a sirope de fresa y es una bebida excelente para los kalopsianos.





¡Hola, soy un kalop!

En Kalopsia hay unos animalejos que han habitado el planeta desde siempre: los kalops. Cada familia de Kalopsia tiene un kalop de compañía que siempre los acompaña vayan adonde vayan.

Los kalops normalmente tienen el tamaño de una mano pero, si hace falta, pueden encogerse hasta ser tan pequeños como un grano de arena o hacerse tan grandes como un camión. Y es que los kalops tienen muchas funciones:

Si los amos tienen alguna duda, los kalops siempre encuentran la respuesta.

Si los amos se aburren, los kalops se pueden convertir en juguetes para entretenerlos.

Si los amos tienen que desplazarse, los kalops pueden volar llevándolos a cuestas.

Los kalops son los mejores amigos de los habitantes de Kalopsia. De hecho, casi siempre los amos y su kalop acaban pareciéndose.

En Kalopsia conviven cuatro especies de habitantes muy diferentes:

Los merakis viven en el norte de Kalopsia. Son unos seres extraordinariamente peludos. Es fácil reconocerlos por los peinados tan locos que se hacen en el pelo de todo el cuerpo.



Los rakhis viven en el este. Son unas criaturas altas y delgaduchas. Tienen unos brazos y piernas que parecen espaguetis blandos recién hervidos.



Los kairós viven en el sur y se les conoce por tener las uñas extremadamente largas. En algunos casos, sus uñas son tan largas que se les acaban enrollando como una espiral.



Y los yugen viven en el oeste y se distinguen por sus largas lenguas. A su lado, las lenguas de los camaleones parecen minúsculas. Los yugen pueden atrapar con la lengua todo lo que se propongan. No solo cazan insectos, sino que con un movimiento rapidísimo pueden coger cualquier cosa.

Pero en Kalopsia no todo es tan bonito como parece. Las cuatro especies tienen que vivir separadas porque cuando se juntan no hacen más que discutir:



¡Siempre vais dejando pelos allá por donde pasáis! ¡Qué asco! ¡Incluso nos atascáis los ríos!

Estamos hartos de que vayáis arañándolo todo con vuestras uñas. ¡Largo de aquí!

¡No hay derecho! Como sois los más altos, siempre nos tapáis las mejores vistas.

¿Pero vosotros qué os habéis creído? Os vamos a hacer un nudo en la lengua que vais a ver.



Dado que las cuatro especies no conseguían ponerse de acuerdo y se peleaban cada dos por tres, al final tomaron una decisión: cada especie levantaría un muro altísimo alrededor de su territorio y así no tendrían que convivir.

La familia Suripanta era de la especie de los merakis, los peludos. Al nacer, Wabi era poco más que una bolita de pelo con ojos tan brillantes como dos canicas de vidrio y siempre estaba sonriendo. Desde el primer día, su kalop la seguía a todas partes. Era su mejor amigo.

Las familias merakis con hijos tenían la casa muy limpia porque los bebés barrían el suelo sin darse cuenta cuando iban a gatas.

Suri y Panta, los padres de Wabi, siempre la peinaban de diferentes maneras: le hacían trenzas verticales de colores, crestas altísimas, palmeras de pelo o incluso peinados con forma de nido que su kalop aprovechaba de vez en cuando para echar la siesta.

Lo que más le gustaba a Wabi era explorar todos los rincones de la casa y ver cómo cambiaba el color del cielo a través de la ventana de su habitación.



Cada una de las cuatro especies de Kalopsia tenía sus propias costumbres:

Los merakis podían usar las puntas del pelo como si fueran pinceles y así pintar desde edificios enormes hasta cuadros muy pequeños. Su país era el más limpio y colorido de todos. Se abrazaban mucho entre ellos porque todos eran como ositos de peluche.



Los rakhis, al ser tan altos, se habían hecho especialistas en recoger frutos de los árboles. Era una especie muy tímida y por eso estaban encantados de poder esconderse entre las nubes.



Los kairos, gracias a sus uñas larguísimas y duras como rastrillos, eran los campesinos perfectos. Labraban los campos con las uñas y, de vez en cuando, hasta encontraban algún tesoro enterrado.



Y los yugen eran los más perezosos de todos. Como podían hacer lo que quisieran con la lengua, se pasaban el día entero en el sofá. Desde allí mismo podían prepararse la comida, ordenar la habitación e incluso jugar un partido de tenis con un amigo.



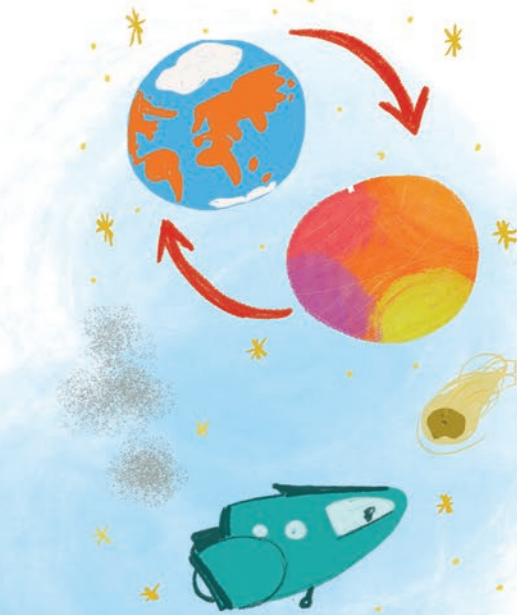
Los padres de Wabi eran comerciantes. Una vez al mes cogían su nave, que tenía forma de huevo frito, y viajaban a diferentes planetas para comprar objetos que después vendían en Kalopsia. De entre todos los lugares a los que iban, los objetos que siempre tenían más éxito eran los de un planeta de la Vía Láctea llamado Tierra.

La tienda de la familia Suripanta se llamaba Cachivaches Galácticos. A Wabi le encantaba pasarse las horas inspeccionando los objetos que sus padres traían de todas partes del universo.

En la escuela, todos esperaban a que Wabi llegara para ver con qué trasto estrambótico aparecería, y es que a menudo sorprendía a sus compañeros con algún complemento especial:



iiiElla y yo
siempre vamos
a la última!!!



En la parte trasera de Cachivaches Galácticos había una puerta metálica. Suri y Panta le habían dicho a Wabi que podía jugar y probarse todo lo que había en la tienda pero que JAMÁS de los JAMASES podía abrir aquella puerta. Allí guardaban los objetos no identificados que traían de otros planetas y que podían ser peligrosos.

Aquella prohibición avivaba la curiosidad de Wabi día tras día, pero siempre que se acercaba a la puerta su kalop le paraba los pies.

El día después de su undécimo cumpleaños, Wabi oyó un ruido que venía del otro lado de la puerta de metal. Con mucho cuidado, se acercó y notó como si alguien diera golpes muy leves sobre una superficie de madera. Era un sonido muy débil, pero si se apartaba el pelo de las orejas lo podía oír perfectamente.

Cuando sus padres se iban de viaje, el kalop cuidaba de Wabi. Ese día, cuando sus padres se fueron a trabajar, Wabi ya no pudo aguantar más. Le dijo al kalop que tenía que averiguar qué era aquél ruido. Y el kalop, que también era curioso por naturaleza, no dudó ni un segundo en asentir; él también estaba muy intrigado.

CACHIVACHES GALÁCTICOS

¡Quiero salir de aquí! ¡Ayuda, por favor!

—¿Hay alguien ahí?

—¡Wabi, podría ser peligroso! ¿Por qué no vamos a hacernos unas rastas?



El kalop era muy curioso, pero también muy miedoso. Ya no le parecía tan buena idea investigar en la habitación prohibida. Wabi, sin embargo, tuvo la reacción opuesta. Cuantas más cosas extrañas veía, cuanto más fuerte se hacía el ruido, más ganas tenía de averiguar lo que pasaba allí dentro. Y entre todo aquél montón de cosas alienígenas lo descubrió: el ruido provenía de una caja azul con estrellas dibujadas. Wabi decidió abrirla sin hacer caso al kalop.

—Según mi sistema de navegación Galileo estamos en Kalopsia, por eso se ha seleccionado el idioma kalopsiano, pero si no me entendéis puedo hablar en uraniano, marciano, tritoniano... Conozco las 4.897 lenguas más habladas del universo.

Wabi se quedó mirando aquella figura luminosa que había salido de la caja con los ojos como platos.

—Pero tú...tú... ¿Quién, qué, cómo, por qué...? ¿Quién eres?
¿Eres uno de esos genios de la lámpara que conceden tres deseos?
—¡Nooo! Puedes frotar, ¡pero lo único que conseguirás es hacerme cosquillas!
—Pero, entonces, ¿qué haces aquí? ¿Acaso te encerraron en una prisión muy pequeña hace mucho tiempo y ahora que te hemos liberado nos quieres hacer daño?
—¡NOOO! ¿Me ves cara de delincuente?
—Entonces, ¿quién eres?
—Soy... ¡una guía turística en forma de holograma!
—¿Qué aburrido! —se quejó el kalop.
—¡Era más emocionante pensar que eras el genio de la lámpara!
— dijo Wabi.
—Soy una guía del planeta Tierra; concretamente, de una zona llamada Europa, ¿te suena?
—Sí... claro... me suena... —Era mentira, no le sonaba para nada, pero no quería quedar mal delante de aquella terrícola.
—Y ¿qué sabes de Europa?
—Mmm... Pueees... —¡La había pillado! —Pues no sé... ¿Que está en la Tierra?
—¡Buen intento!





—Creo que no te iría nada mal una pequeña explicación.
—No sé si...
—A ver qué excusa te inventas. Llevo muchos meses aquí encerrada y si no hablo voy a reventar.
—De acuerdo. De hecho, mis padres nunca me cuentan nada de sus viajes.
—Pues ponte cómoda y deja que yo haga mi magia.
—Durante muchos siglos, Europa fue uno de los continentes más conflictivos de la Tierra. Los diferentes países que la conformaban se peleaban constantemente. Hubo una guerra tras otra durante casi setecientos años: la guerra de los Cien Años, la guerra de los Treinta Años, las guerras napoleónicas, la guerra de Crimea...
—¡Aquí no hay tantas guerras, pero casi! —dijo el kalop.



—En el siglo XX, sin embargo, hubo dos guerras que fueron las que provocaron más muertes: la Primera Guerra Mundial y, al poco tiempo, la Segunda Guerra Mundial. El ser humano contaba con la tecnología más avanzada de la historia y la utilizó para destruir. Fue una de las épocas más oscuras no solo en Europa, sino en toda la Tierra. —¡Qué triste! Por suerte, aquí no hemos llegado a tener un desastre como ese —añadió el kalop.



—Tras la Segunda Guerra Mundial, algunos países empezaron a reunirse. Todos estaban de acuerdo en que no podía haber otra guerra entre vecinos. Los primeros países que empezaron a colaborar fueron Francia, Alemania, Italia, Bélgica, Luxemburgo y los Países Bajos. Al cabo de unos años, se fueron añadiendo otros. Así fue como empezó la Unión Europea, la UE. —Pero, si eran países diferentes, ¿cómo llegaron a entenderse? —preguntó Wabi. —¡Porque se dieron cuenta de que si solo se fijaban en sus diferencias nunca se llevarían bien! Así pues, dejaron de centrarse en lo que les separaba y empezaron a colaborar en los asuntos que les interesaban a todos: facilitar el comercio entre ellos; permitir que sus ciudadanos pudieran viajar, estudiar y vivir en cualquier país de la UE; unir fuerzas para tener mejores carreteras y equipamientos; luchar juntos para proteger el planeta...



—En el año 1989 tuvo lugar un hecho histórico: cayó el último muro que separaba Europa. A partir de entonces, cada vez más países se fueron sumando a ese gran acuerdo. ¡Hasta el día de hoy, que son 27!

—Pero, entonces, ¿ahora son todos un mismo país?

—No exactamente. En Europa hay muchas lenguas, creencias y culturas diferentes. Aun así, todos los estados pueden trabajar juntos en ese proyecto compartido. Esto es la Unión Europea. ¿Qué te ha parecido la historia?



Todo lo que había explicado la guía dejó a Wabi bastante aturdida. No entendía por qué en Kalopsia no podía pasar lo mismo que en Europa. ¿Por qué no podían entenderse las especies de su país aunque fueran diferentes? Wabi miró a su kalop, que ya estaba acostumbrado a sus ideas locas, como aquella vez que dejó que le tiñeran todo el cuerpo de color verde, y le dijo:

—Kalop, ¿por qué no...?

—¡Ay, mi madre, qué miedo me está dando ya!

—¿Por qué no vamos a investigar alguno de los territorios prohibidos de Kalopsia?

—Pero... ¿has perdido el juicio?





Como no tenían una brújula, Wabi y su kalop no sabían en qué territorio estaban. Desde el aire, el paisaje al otro lado del muro tampoco parecía tan diferente al que ya conocían.

Wabi le preguntó a su kalop si se podían acercar un poco más al jardín de una casa que se parecía mucho a la suya. Cuando se acercaron, Wabi vio a alguien bastante parecida a ella, pero unas uñas muy largas.

A su lado tenía un kalop.

—¿También juegan?

—Nadie diría que son peligrosos...

Wabi empezó a acercarse de puntillas. El kalop se había hecho pequeño y se escondía en su pelo, temblando de miedo. Wabi también estaba un poco asustada pero le dio unos golpecitos en la espalda a aquel ser con uñas larguísimas. La kairo pegó un bote de dos metros, las piernas le temblaban como un flan, pero cuando Wabi empezó a hablarle se fue calmando poco a poco.

—Me llamo Wabi y soy una meraki.

—¿Una meraki? ¿Pero no sois muy peligrosos?

—¿Nosotros?

—Siempre me habían dicho que los merakis sois como perros rabiosos

—Tenemos pelo por todo el cuerpo como los perros, pero no mordemos.

—Aaah...

—A mí siempre me han dicho que los kairos, con esas garras, sois más peligrosos que un tigre hambriento...

—¡Ja, ja, ja! ¡Qué tontería!

Creo que me ha guiñado el ojo.



Creo que le gusto.



A Wabi y a su nueva amiga Gigil se les hizo de noche jugando y charlando.

—Por cierto, Wabi, ¿cómo es que te has atrevido a venir hasta aquí? ¡A cualquiera le habría parecido demasiado peligroso!

—He conocido a alguien que me ha ayudado a entender una cosa muy importante: ser diferente no quiere decir ser peligroso. Y yo diría aún más: cuando conoces a alguien diferente, todo se vuelve más divertido. ¿Ves lo bien que nos lo hemos pasado hoy?

—Mis padres siempre me han dicho justo lo contrario.

—¿Y qué crees? Los míos también.

—¿Entonces, quien te ha explicado eso?

Wabi sacó la caja azul de la mochila y la dejó en el suelo, justo delante de Gigil.

—Hola, soy una guía del planeta Tierra; concretamente, de una zona llamada Europa, ¿te suena?



Finalmente llegó el día en que los padres de Wabi regresaron de Mercurio. Suri y Panta estaban cansados y venían cargadísimos de nuevos objetos para Cachivaches Galácticos.

Cuando entraron en casa, se quedaron de piedra al ver a Wabi y a Gigil jugando en el comedor con sus kalops y la guía.

Suri y Panta estaban horrorizados. La idea de tener una kairo en el comedor de casa les daba pánico y ordenaron que se fuera inmediatamente.

Wabi intentó convencerlos de que Gigil y todos los de su especie eran totalmente inofensivos. Suri y Panta miraron entonces a Gigil de reojo y pensaron que aquella kairo, más que un tigre, parecía una gatita bastante simpática.



Wabi se disculpó con Suri y Panta por haber entrado en el almacén de la tienda sin su permiso. Cuando se tranquilizaron, Wabi enseñó la cajita azul a sus padres, que la miraron muy extrañados.

—¿Alguna vez os ha interesado la historia de la Tierra?

—Eeeeh... exclamaron los padres de Wabi

—Me gustaría presentaros a alguien. ¡Escuchadla!

La guía se les acercó con una energía que iluminó toda la habitación.

Han pasado unos meses y Wabi y Gigil son ahora muy buenas amigas. Gracias a su amistad y a todo lo que la guía les había explicado sobre la Tierra, ambas hicieron correr la voz de que no eran tan diferentes.

Cuando las demás especies oyeron la historia de la pequeña kairo y su amiga meraki, decidieron derrumbar los muros que los separaban para intentar vivir juntos.

Todo lo que antes les molestaba de las otras especies ahora les encanta: los merakís, con su pelo, hacen divertidas pelucas y abrigos de invierno para todos. Los rakhis, como son tan altos, cargan a los demás sobre los hombros para jugar a hacer castillos humanos. Los kairos, con sus largas uñas, son los mejores rascadores de espalda del planeta; ¡dan unos masajes estupendos! Y los yugen, con sus lenguas superelásticas, son muy útiles cuando a alguien se le queda la pelota en una azotea; ¡la recogen de un lengüetazo!



La Unión Europea es la unión de 27 estados europeos.

Dichos países toman decisiones comunes, se ayudan los unos a los otros y colaboran en temas muy diferentes, desde la agricultura o la energía hasta cuestiones sobre el medio ambiente. Los ciudadanos europeos pueden viajar sin restricciones entre los países de la UE. Además, desde el año 2002 muchos de estos países comparten la misma moneda: **el euro.**

Pocos años después de la Segunda Guerra Mundial, seis países europeos crearon la **Comunidad Europea del Carbón y del Acero** (CECA): Bélgica, los Países Bajos, Luxemburgo, Alemania, Francia e Italia pusieron en común su producción de carbón y acero. De esa manera, los materiales que se habían utilizado para la guerra y para luchar entre ellos —con el carbón y el acero se fabricaban armas—, se usaron para iniciar un período de paz. En 1957 esos mismos países formaron la **Comunidad Económica Europea**, que más adelante pasaría a llamarse **Unión Europea**, tal como la conocemos hoy en día. Desde entonces se han ido sumando países: en 1973 se agregaron Irlanda, Dinamarca y el Reino Unido y más adelante, en los años ochenta del siglo XX, Grecia, España y Portugal.

En 1995 se incorporaron Austria, Finlandia y Suecia. Entre 2004 y 2007 tuvo lugar una gran ampliación y entraron a formar parte de la familia europea doce países: República Checa, Chipre, Eslovaquia, Eslovenia, Letonia, Lituania, Estonia, Hungría, Malta, Polonia, Rumanía y Bulgaria. En 2010 entró el último país que se ha sumado a la Unión hasta ahora: Croacia. Así pues, llegaron a ser 28 países (también llamados Estados miembros) pero en 2016 los ciudadanos del Reino Unido decidieron salir de la Unión Europea y, por lo tanto, a día de hoy la UE está formada por un total de 27 países.





Kalopsia está a millones y millones de kilómetros de la Vía Láctea. Es un planeta lleno de colores: el cielo puede ser amarillo, verde o lila y el agua es roja, con sabor a jarabe de fresa. En Kalopsia viven cuatro especies que han separado sus territorios con muros porque cuando se juntan no hacen más que discutir.

Te invitamos a acompañar a Wabi en una aventura en la que se encontrará con muchas sorpresas y se dará cuenta de que, pese a las diferencias, los habitantes de su planeta pueden convivir y ayudarse los unos a los otros.

Una historia divertida que te ayudará a descubrir la Unión Europea y sus orígenes, y a entender que la diversidad nos enriquece.



spain.representation.ec.europa.eu/



IL-04-20-405-ES-N

